

Don Miguel Rúa

Lo hizo todo a medias con Don Bosco

En la primera mitad del siglo XIX, al norte de Turín, no muy lejos de los prados de Valdocco, se levantaba solitaria la Real Fábrica de Armas del Piamonte. Allí, el 9 de junio de 1837 nació Miguel Rúa, hijo de Juan Rúa empleado de la Fábrica, y de Juana Ferrero.

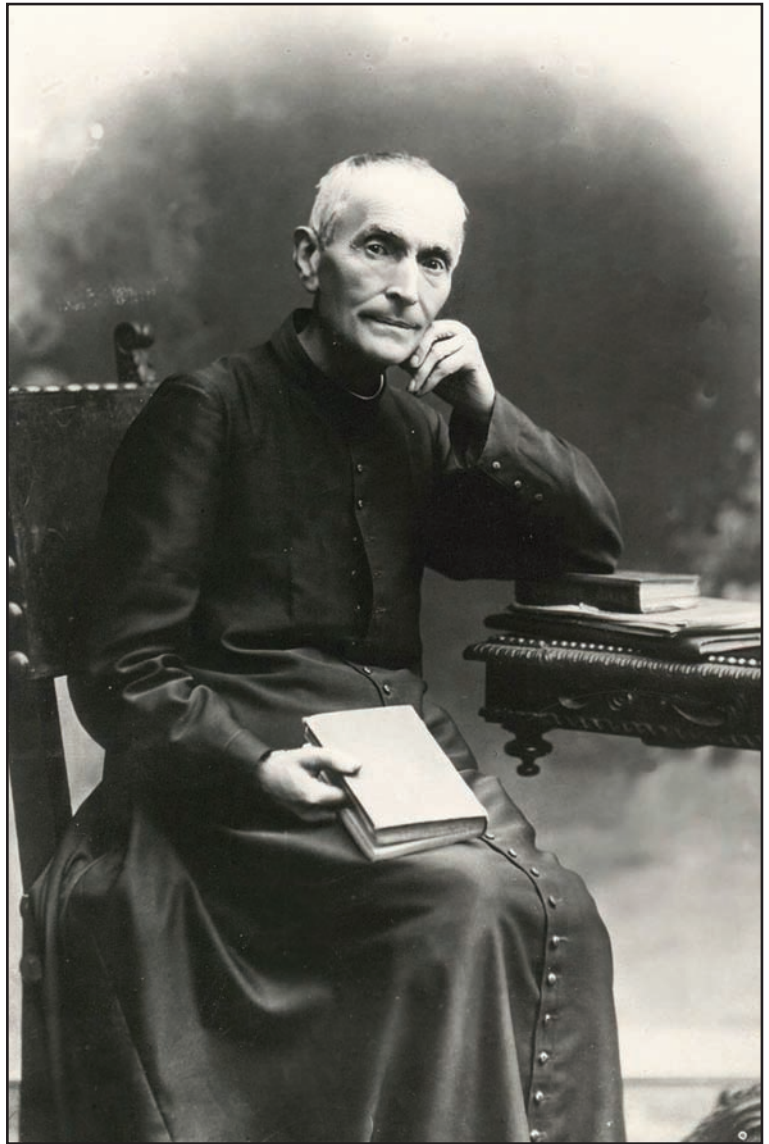
Tenía poco más de siete años Miguel, cuando un día observó en el cuello de un compañero suyo una flamante corbata.

- ¿Dónde te la has comprado?
- La he ganado en la lotería del Oratorio.
- ¿Qué Oratorio es ese?
- ¡El Oratorio de Don Bosco en el Refugio!

Al domingo siguiente, Miguel corrió al Refugio (la obra de caridad de la marquesa de Barolo), y vio una extensión de terreno alargado en donde muchos jóvenes se divertían rodeando a un joven sacerdote. Aquel sacerdote se acercó también a él, le puso la mano sobre la cabeza y le dijo algunas buenas palabras que "le llegaron al corazón".

Eran los años del oratorio emigrante, de un hospital a unos molinos, de un cementerio a un prado. Los turineses miraban a aquel sacerdote rodeado por tanto alboroto y sacudían la cabeza. Un día el director de la fábrica preguntó a Miguel:

- ¿Vas aún al oratorio de Don Bosco?
- Algunas veces.
- Pobre Don Bosco...¿No lo sabes? Se ha vuelto loco...



En aquel tiempo, Miguel comenzó a frecuentar las escuelas elementales en Porta Palazzo, que habían sido confiadas por el Ayuntamiento a los hermanos de las Escuelas Cristianas. Don Bosco se dirigía con frecuencia allí a confesar, predicar y también a dar clase de catecismo. Los jóvenes, apenas lo veían, le rodeaban. A

Miguel no le iba eso de meterse en apretujones ni empujar para abrirse paso, pero de lejos sonreía a Don Bosco, y se sentía lleno de alegría cuando Don Bosco lo miraba y a su vez le sonreía.

A los nueve años (huérfano ya de padre) fue admitido a la primera

Miguel dejó su casa y entró definitivamente en el oratorio el 22 de septiembre. Tenía quince años.

comuni3n. Se manifestaba como un muchachito piadoso, serio y diligente, y los hermanos esperaban que llegara a ser de los suyos.

Al ir y volver de la escuela, Miguel se encontraba alguna vez con Don Bosco. Le corría al encuentro con alegría, le besaba la mano (como se acostumbraba entonces con los sacerdotes) y le preguntaba:

-¿Me quiere dar una estampa?

Don Bosco, como si no hubiese oído nada, le ponía en la cabeza su bonete de sacerdote, le presentaba la palma de la mano izquierda, y con la derecha hacía un gesto como de cortarla por la mitad:

- ¡Toma, Miguelito, toma!

Miguelito quedaba desconcertado. Estrechaba aquella mano y pensaba:

-¿Qué me querrá decir?

Al final de las clases elementales, Don Bosco le preguntó:

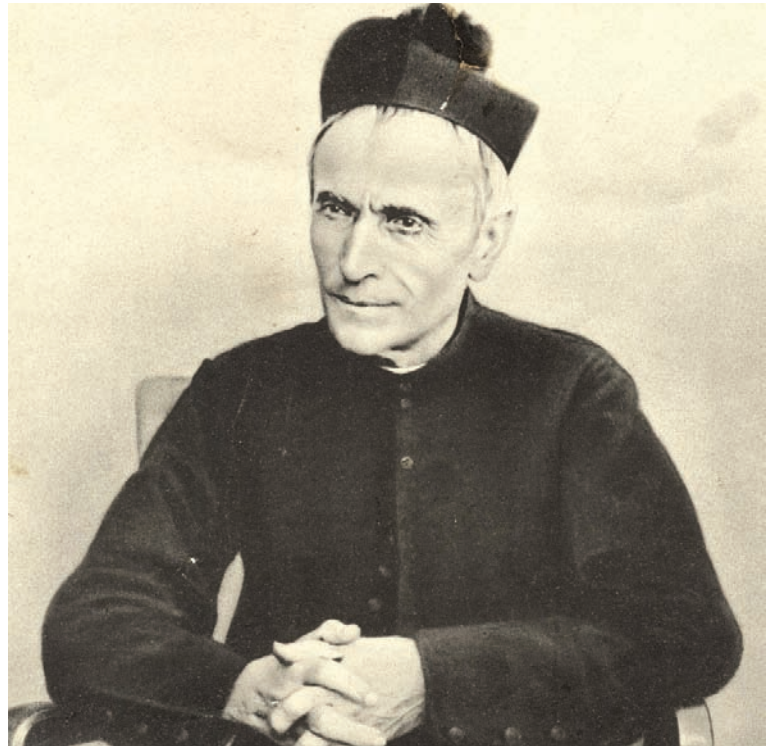
- ¿Te gustaría ser sacerdote?

- Mucho.

- Pues bien, prepárate a estudiar latín.

Lo inscribió en la escuela privada del profesor Bonzanino para los tres años del bachillerato inferior. Luego en la de Don Mateo Picco para el bachillerato superior.

Miguel continuaba viviendo con su madre y hermanos. Sólo iba al Oratorio cada día por la tarde, y los domingos. Los domingos Don Bosco lo mandaba a ayudar al clérigo Ascanio Savio (el primer clérigo formado en el oratorio) al Oratorio de San Luis, en Porta Nuova.



En septiembre de 1852, lo mandó a Don Cafasso (el gran consejero espiritual de Turín) para consultarle sobre su vocación. Después de haber recibido un parecer del todo positivo, Miguel dejó su casa y entró definitivamente en el oratorio el 22 de septiembre. Tenía quince años.

Al día siguiente, junto con Don Bosco, Mamá Margarita y 26 compañeros, partió a pie hacia los Becchi de Castelnuovo. Iba a pasar algunos días de vacaciones, y a recibir la sotana de los clérigos. Allí fue, el 3 de octubre, fiesta de la Virgen del Rosario, donde Miguel recibió el hábito clerical de manos de Don Cinzano, párroco de Castelnuovo. Durante la comida, le oyó a este decir a Don Bosco: " Cuando aún eras clérigo me decías: yo tendré clérigos, sacerdotes, jóvenes estudiantes y jóvenes obreros, una banda de música y una hermosa iglesia. Y yo te respondía que tú estabas loco. ¡Ahora, en cambio veo que sabías perfectamente lo que decías!

Vuelto al Oratorio, Miguel preguntó a Don Bosco:

- ¿Se acuerda de nuestros primeros encuentros, cuando iba a clase con los Hermanos? Yo le pedía una estampa, y usted me hacía la señal de querer darme la mitad de la mano. ¿Qué quería decirme?

- Ya deberías haberlo comprendido -le dijo Don Bosco serio- Quería decir que contigo lo haríamos todo a medias.

En 1856 Don Bosco hizo una votación entre los centenares de alumnos de su Oratoria de Turín (en el cual había muchos internos). Las preguntas eran estas: 1ª. ¿Cuál es el más santo y piadoso de los oratorianos? 2ª. ¿Cuál es el más simpático y buen compañero de todo el Oratorio? La segunda pregunta la ganó Domingo Savio. La primera la ganó por amplia votación el joven Rúa. La votación de aquellos jóvenes resultó ser muy acertada pues ambos llegaron a ser formalmente reconocidos por la Iglesia por su santidad.